

pueblos, adonde los recibían con la mayor hospitalidad.

El 22 de diciembre vinieron muchos indios en una canoa, enviados por el gran cacique Guacanagari, jefe de toda aquella parte de la isla. Un criado principal del caudillo lo entregó al Almirante de parte de su señor un ancho tahalí, ingeniosamente trabajado con cuentas de color y hueso, y una máscara de madera, con los ojos, nariz y lengua de oro. Hízole también presente el deseo manifestado por su señor, de que aproximase su buque á los dominios encargados á su custodia, situados un poco mas lejos en la costa oriental. Impedia el viento acceder inmediatamente á esta súplica, por lo cual envió el Almirante al escribano de la escuadra con algunos marineros á visitar al cacique. Residia este en una ciudad edificada en las márgenes de cierto rio, en lo que se llamó entonces Punta Santa, y hoy Punta Honorata. Era la ciudad la mayor y mejor edificada que habían hasta entonces visto. El cacique los recibió en una especie de plaza pública, limpia y preparada para esta ocasión, los trató muy honrosamente y les dió á cada uno un vestido de algodón. Los habitantes los rodeaban con provisiones y refrescos de varias clases. Recibían á los marineros en sus casas como distinguidos huéspedes, y les daban ropas de algodón, y cuanto creían que tuviese valor á sus ojos, sin pedirles nada en cambio; pero si algo les daban los españoles; lo atesoraban como una sagrada reliquia.

Los hubiera retenido el cacique toda la noche, pero sus órdenes les obligaron á volver. Al despedirse les hizo regalos de loros y piezas de oro para el Almirante: y los acompañó hasta los botes una multitud de gentes, esforzándose á porfía en servirlos.

Por este tiempo recibió Colon numerosas visitas de muchos indios y de varios caciques de segundo orden, los cuales le dijeron que la isla entrañaba grandes tesoros, y le hablaron con especialidad de cierta region asentada hácia Levante llamada por ellos Cibao, cuyo cacique, segun él pudo colegir de los signos empleados por los salvajes para expresar sus ideas, tenía banderas de oro labrado. Colon, engañándose, como le sucedía de ordinario, imaginó que la palabra Cibao debía de ser corrupcion de Cipango, y el caudillo de los dorados estandartes, el maguífico potentado de aquella isla, de que hace mencion Marco Polo.

#### CAPITULO VIII.

##### NAUFRAGIO.

(1492.)

Se dió Colon á la vela para la Concepcion, en la mañana del 24 de diciembre, antes de salir el sol, tomando el rumbo del Oriente, con ánimo de anclar en el puerto del cacique Guacanagari. Había viento de tierra, pero tan ligero, que apenas llenaba las velas, y no podían hacer los buques mucho camino. A las once de la Noche-buena estaban á una legua, ó legua y media de la residencia del cacique; y Colon, que había hasta entonces vigilado, viendo la mar tan sosegada, y el bajel casi sin movimiento, se retiró á descansar un poco, por no haber dormido la noche antes. Era vigilantísimo en sus viajes por las costas, pasándose noches enteras sobre cubierta en toda clase de tiempos; y nunca se fiaba del cuidado ajeno, cuando había dificultades ó peligros que vencer. Creyóse perfectamente seguro en aquel caso; no solo por la profunda calma en que estaban, sino porque, al visitar los botes el día anterior al cacique, habían reconocido la costa, y díchole que no se encontraban en su carrera ni bancos ni escollo alguno.

Jamas pudo manifestarse mejor cuán importante es la presencia del gefe. Apenas se había retirado el vigilante Colon, cuando el timonel confió su puesto á un grumete, y se echó á dormir violando abiertamente

una de las órdenes del Almirante, que prohibía poner jamas el timon en las manos de los muchachos. Los marineros que estaban de guardia, se aprovecharon también de la ausencia del gefe y á poco tiempo toda la tripulacion estaba sepultada en un profundo sueño.

Mientras reinaba de tal modo la confianza en el buque, las traidoras corrientes que fluyen veloces por aquellas costas, le arrastraron con rapidez y fuerza á un banco de arena. El inesperto grumete no había percibido el embate de las olas al retirarse del banco, aunque su estrépito podía oirse á una legua. Mas al sentir la concusion del timon, y oír el tumulto del agua en derredor, empezó á pedir ayuda á gritos. Colon, cuya vigilancia no le permitía dormir profundamente, fue el primero que subió á cubierta. El patron, que había abandonado su guardia, se apareció despues en compañía de algunos marineros medio dormidos, y muy ajenos del peligro en que estaban. Les mandó el Almirante llevar con el bote un ancla fuera de la popa para esforzarse en sacar el bajel. El patron y los marineros saltaron en el bote; pero iban confusos y sobrecogidos de terror, como suelen los hombres que despiertan sobresaltados. En vez de obedecer al Almirante, remaron á la otra carabela, que distaría como media legua al barlovento; mientras él, suponiendo que ya estarían echando el ancla, confiaba en sacar pronto su bajel al agua libre.

Al llegar el bote á la carabela hicieron saber los marineros el peligroso estado en que habían dejado su buque, pero acusáronlos estos de cobardes desertores, rehusando admitirlos á bordo. El comandante, y muchos de los suyos, tomaron otro bote, y acudieron al socorro del Almirante, seguidos del falso y pusilánime patron, que iba con su gente lleno de confusion y vergüenza.

Llegaron demasiado tarde para salvar el buque, porque la violenta corriente le había arrastrado mas y mas sobre el banco. El Almirante, viéndose desamparado de su bote, y que estaba el buque de traves en medio de la corriente, y se iba llenando de agua, lo mandó desbarbolar, con la esperanza de alijerarlo bastante para que flotase. Todos los esfuerzos fueron en vano. La quilla había encallado fuertemente en la arena; el choque había abierto el casco por varias partes, mientras las hinchadas olas le azotaban de continuo quebrándose sobre su costado; y sepultándole mas y mas en la arena hasta hacerle caer de lado. Afortunadamente continuaba el tiempo en calma; si no, se hubiera hecho la carabela mil pedazos, y perecido la tripulacion entre los escollos y corrientes.

Refugiáronse la tripulacion y el Almirante en la otra carabela. Diego de Arana, primer juez de la escuadra, y Pedro Gutierrez, despensero del rey, fueron inmediatamente enviados al cacique Guacanagari para informarle de la propuesta visita del Almirante, y de su desastroso naufragio. Levantóse un viento fresco de tierra, é ignorando el Almirante su situacion y las rocas y bancos que podían rodearlo, se mantuvo á la capá hasta por la noche.

Distaba la habitacion del cacique legua y media del sitio del naufragio. Al saber Guacanagari la desgracia de su huésped, manifestó la mayor afliccion, y hasta derramó lágrimas. Sin vaeilar un momento envió todas sus gentes con todas las canoas grandes y chicas que hubieron á la mano; y tan activa fue la ayuda de los indios, que en poco tiempo descargaron el buque. El mismo cacique, y sus hermanos y parientes hicieron cuanto les fue dado por mar y tierra; vigilando para que todo se condujese con orden, y para que los efectos que pudieran salvarse del naufragio, se conservaran con inviolable fidelidad. Frequentemente enviaba alguna persona de su familia, ó de las principales de su comitiva, para que se con-

doliese con el Almirante, pidiéndole que no se dejase dominar del dolor, y que dispusiese como suyo de cuanto él poseía.

Jamas, en pais alguno civilizado, se ejercieron los ritos de la hospitalidad mas escrupulosamente que los observó aquel ignorante salvaje. Todos los efectos que se desembarcaron, los mandó depositar cerca de su habitacion, y puso una tropa armada que los guardase aquella noche, hasta preparar casas en que alacenarlos. No porque apareciera ni aun entre el pueblo, la mas ligera inclinacion á aprovecharse de las desgracias de los extranjeros. Aunque veían los que debieron parecerles inestimables tesoros, arrojados, por decirlo así, en sus playas, y descubiertos y fel todo accesibles, no se conoció el menor hurto, ni al trasportar los efectos se apropiaron el mas pequeño artículo. Al contrario, una simpatia general se dejaba ver en todos los semblantes y en todas las acciones; y al observar su sentimiento se hubiera creído á ellos las víctimas de aquella desgracia.

Tan amorosas, tan tratables y pacíficas son estas gentes, dice Colon en su diario, que juro á VV. MM. que no hay en el mundo todo ni mejor pais, ni mejores gentes. Aman á sus prógimos como se aman á sí mismos; siempre son sus palabras humildes y afables, acompañadas de una sonrisa; y aunque es verdad que andaban desnudos, son sus modales decorosos y dignos de aprecio.

#### CAPITULO IX.

##### TRANSACCIONES CON LOS NATURALES.

(1492.)

El 26 de diciembre vino Guacanagari á bordo de la Niña, para visitar al Almirante; y observando que estaba muy abatido, se conmovió tanto el sensible corazon del cacique, que comenzó á derramar lágrimas. Repitió el mensaje que había enviado, suplicando al Almirante que no doblegase su ánimo bajo el peso del dolor, y ofreciéndole todos sus bienes, si ellos le podían proporcionar ayuda ó consuelo. Ya había dado tres casas para alojamiento de los españoles, y almacén de sus efectos, y ofreció mas si eran necesarias.

Mientras conversaban así, vino una canoa de otra parte de la isla, ofreciendo piezas de oro en cambio de cascabeles. Nada tenían en mas estima los indigenas que estos juguetes; porque eran muy amigos del baile, que ejecutaban á la cadencia de ciertos cantares, acompañados por una especie de tambor, hecho del tronco de algun árbol, y del ruido de pedazos huecos de madera; pero al ceñirse los cascabeles al cuerpo, y cuando movidos estos por el compás del baile dejaban escapar sus claros sonidos, nada podía esceder á su arrebatado gozo.

Los marineros que venían de la playa le dijeron al Almirante, que les habían traído los indios considerables cantidades de oro para trocarlas, dándolas gustosísimos por las mas despreciables bujerías. Estas noticias agradaron sobre manera á Colon. El atento cacique, viendo que se animaba su semblante, preguntó qué habían dicho los marineros. Cuando se enteró al saberlo de la vehemencia con que deseaba el Almirante adquirir oro, le aseguró por señas, que no lejos de allí había un sitio en las montañas, donde abundaba tanto, que apenas tenía ningun valor. Le prometió buscar tanto oro cuanto pudiese desear. El lugar á que aludía, y que llamaba Cibao, era en efecto una region montañosa, adonde hallaron despues los españoles riquísimas minas; pero Colon confundía aun aquel nombre con el de Cipango.

Guacanagari comió á bordo de la carabela con el Almirante, despues de lo cual le convidó á visitar su residencia. En ella había preparado una comida tan selecta y abundante como podía prometerse de sus

sencillas costumbres, compuesta de utias ó conejos, peces y varios frutos de la isla. Hizo el generoso cacique cuanto en su mano estaba para honrar á su huésped y distraerlo, mostrando una grandeza en los afectos, y una delicadeza en las atenciones, que era imposible haber esperado de un salvaje. Pero su innata dignidad; y el refinamiento de sus modales, frecuentemente sorprendieron á los españoles. Era decoroso en su modo de comer, lento y moderado, lavándose las manos al acabar y frotándose las despues con yerbas odoríferas; lo que supuso Colon tendria por objeto conservar su delicadeza y blandura. Servíanle sus súbditos con mucha deferencia, y él se conducía respecto á ellos con afable, pero régio y alto porte. Toda su conducta indicaba á los entusiasmadados ojos de Colon las gracias y dignidad innatas de un elevado linaje.

En efecto, la soberanía era hereditaria entre aquellos isleños, que tenían un sencillo pero sagaz modo de mantener hasta cierto punto la legitimidad de la descendencia. Cuando moría un cacique sin hijos pasaba la autoridad á los de su hermana, prefiriéndolos á los de su hermano; pues aquellos serían mas verosíblemente de su sangre, porque decían los indios, que el que se tenía por hijo de un hermano, podía, por acaso, no tener consanguinidad con su tio; pero los de su hermana habían deser indudablemente hijos de su madre. La forma del gobierno era completamente despótica; los caciques tenían entero señorío sobre las vidas, las haciendas, y aun la religion de sus súbditos. Tenían pocas leyes, y gobernaban segun su juicio y voluntad; pero gobernaban con dulzura, y recibían gustosa é implícita obediencia. En todo el discurso de la desastrosa historia de aquellos isleños, despues que fueron descubiertos por los europeos, se hallan evidentes pruebas de su afecto y fidelidad á los caciques.

Acabada la refaccion, condujo Guacanagari al Almirante á las bellas arboledas que circuián su morada. Los acompañaban mas de mil indios, todos desnudos. A la sombra de sus frondosos árboles ejecutaron muchos de los juegos y danzas nacionales, como Guacanagari lo había mandado para anuientar la tristeza de su huésped.

Cuando acabaron los indios su entretenimiento, les dió Colon también un espectáculo, propio para inspirarles formidables ideas del poder militar de los españoles. Mandó que trajesen de la carabela un arco y aljaba moriscos, y que viniese un castellano que había servido en las guerras de Granada y era diestro flechero. Cuando vió el cacique la exactitud con que usaba este hombre sus armas, se admiró en extremo, por ser de índole pacífica y muy poco afecto al uso de ellas. Díjole, empero, al Almirante, que los caribes, que acometían con frecuencia sus dominios y le arrebataban sus súbditos, venían también armados de arcos y flechas. Colon le ofreció la proteccion de los monarcas españoles, que destruirían á los caribes, añadiendo que sus armas eran mucho mas temibles y que contra ellas no había defensa. En prueba de esto mandó descargar un arcabuz y una bombardita. Al estrépito y al fuego cayeron los indios en tierra, como si un rayo los hubiese herido; y cuando vieron el efecto de las balas que, como las centellas del cielo, desgarraban y hendían los árboles, se llevó su corazon de espanto. Mas al oír de los españoles que los defenderían con aquellas armas en caso de invasion de los caribes, se trocó en alegría su terror; considerándose protegidos por los hijos del cielo, que habían venido en su ayuda, armados de rayos y truenos.

El cacique presentó luego á Colon muchas de sus joyas nacionales; una máscara entallada en madera; con los ojos, orejas y otras facciones de oro; le colgó láminas del mismo metal al rededor del cuello, y le puso una especie de diadema dorada en la cabeza,

También manifestó la munificencia natural de su carácter, dispensando varios dones á los que iban en la comitiva del Almirante; y se condujo, en fin, de



Muger indigena jugando con sus hijos.

modo en sus estado salvaje, que hubiera hecho honor á un magnánimo príncipe de una nacion civilizada.

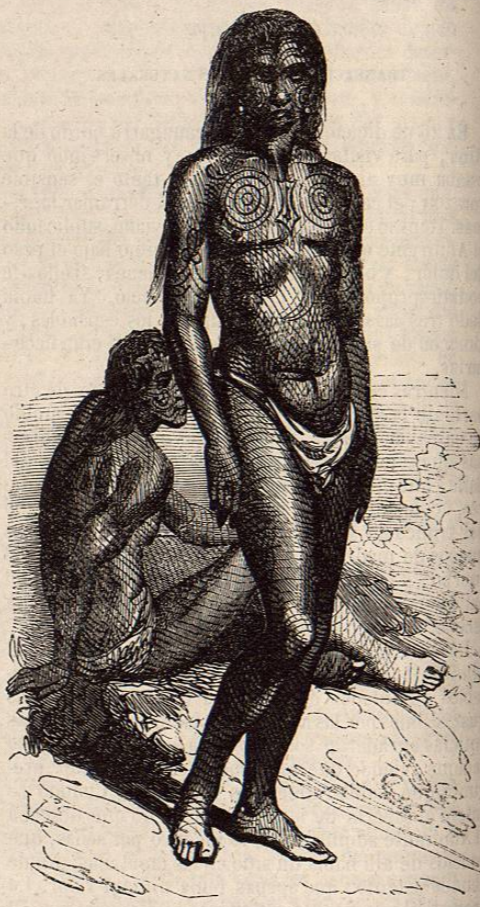
Cualquiera bagatela que daba Colon como muestra de su agradecimiento, era tenida en gran aprecio, y considerada como un presente del cielo. Los indios, admirando los artículos de manufactura europea, repetian de continuo la palabra *turey*, que en su lengua significa cielo. Pretendian distinguir por el olfato las diversas cualidades del oro; y asimismo cuando se les regalaba algun objeto de hoja de lata, de plata ú otro metal blanco á que no estaban acostumbrados, le olian, diciendo al punto *turey*, de excelente calidad. Todo, en fin, cuanto salia de las manos de los españoles, era precioso á sus ojos; un pedazo de correa, ó de hierro mocho, la cabeza de un clavo, todo tenía para ellos oculta y sobrenatural virtud; y todo olia á *turey*. Pero buscaban cascabeles con el mismo afán que buscaban oro los españoles. No podian contener su éxtasis al sonido de ellos, y bailaban y ejecutaban cuando los oian mil distintos y extravagantes movimientos. Una vez dió un indio medio puñado de polvos de oro por uno de ellos, y no bien lo tenía en su posesion, cuando se apartó corriendo á los bosques, mirando atras con frecuencia temeroso de que se arrepintieran los españoles de haberse deshecho por tan poco de aquella inestimable pieza.

La extrema bondad del cacique, la afabilidad de las gentes, las cantidades de oro que cotidianamente le traian en cambio de los mas simples objetos, y los informes que incesantemente recibia de los opulentos manantiales de riquezas que aquella bellissima isla

encerraba en su seno, todo contribuyó á consolar al Almirante de su reciente desventura.

También los náufragos, viviendo en tierra y mezclándose libremente con los naturales, se fascinaron al contemplar aquella fácil é indolente vida. Faltos de los penosos desvelos ajenos á la vida del hombre civilizado, que solo ha sabido crearse necesidades ficticias, la existencia de aquellos isleños les parecia á los españoles un agradable sueño. Nada los inquietaba. Algunos campos, cultivados casi sin trabajo, les daban las raíces y legumbres de que se componia la mayor parte de su alimento. Sus rios y costas abundaban en peces; sus árboles estaban cargados de odoríferos, bellos y sabrosos frutos. Suavizado su carácter por su espléndida naturaleza, pasaban mucha parte del dia en indolente reposo, gozando de aquella riqueza de dulces sensaciones que inspiran un cielo sereno y un clima voluptuoso; y por las tardes bailaban en sus aromáticas arboledas, ó al son de los cantos nacionales, ó al de la ruda voz del tamboril silvestre.

Tal era la fiesta y descuidada existencia de aquel sencillo pueblo; que, si bien carecia de una dilatada extension de goces y de aquellos placeres de esquisito y estimulante gusto que la civilizacion engendra, también estaba libre de las mas de sus miserias. El vene-



Indigenos de la isla de Guanahani.

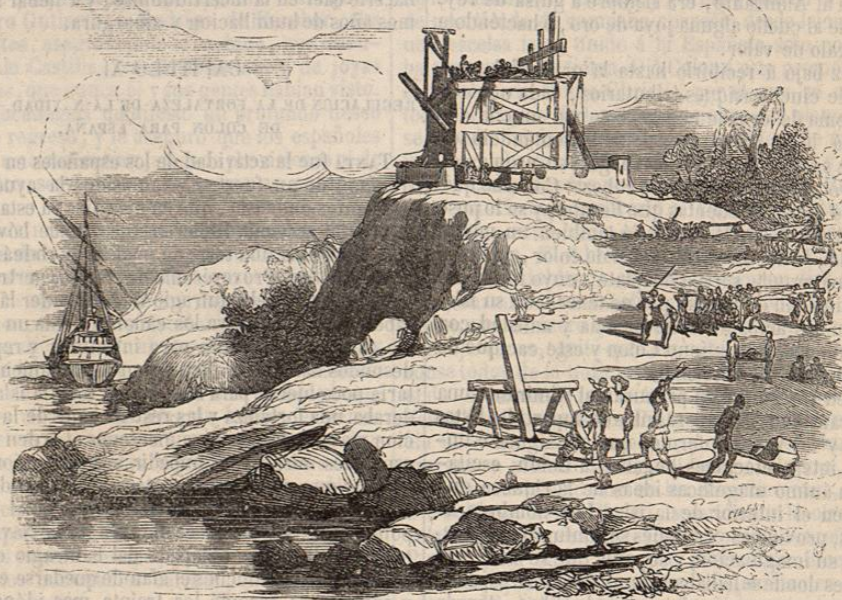
rable Las-Casas observa, hablando de su completa desnudez, que casi parecia que estaban en aquella feliz situacion, en que nuestros primeros padres no habian engendrado aun el pecado original. Hubiera podido añadir, que también parecian libres de la pena decretada contra los hijos de Adán, cuyo *pan* habia de comerse regado con el sudor de la frente.

## CAPITULO X.

## CONSTRUCCION DE LA FORTALEZA DE LA NAVIDAD.

(1492.)

La solicitud que espresaron muchos marineros por quedarse en la isla, junto con el amistoso y pacífico carácter de los naturales, sugirió á Colon la idea de formar el gérmen de una futura colonia. Los últimos restos de la carabela suministraban abundancia de materiales para construir un fuerte, que se podia defender con sus mismos cañones y municiones: Colon tenía además provisiones bastantes que dejarles para mantener una corta guarnicion por un año. La gente que permaneciese en la isla, podia explorarla, reconocer sus minas y otros manantiales de riqueza; adquirir comerciando con los isleños una considerable



Construccion de la fortaleza de la Navidad.

cantidad de oro; aprender su lengua, y habituarse á sus costumbres para ser útiles en las futuras empresas. En el entre tanto volveria el Almirante á España, daría cuenta de su viaje y traería nuevas fuerzas.

No bien rayó esta idea en el ánimo de Colon, cuando se entregó á llevarla á efecto con su natural actividad. Se deshizo el lastimado casco, y se trajo en piezas á la costa, escogiendo sitio, y haciendo preparativos para levantar una torre. Cuando supo Guacanagari las intenciones del Almirante de dejar parte de sus marineros para defender la isla de los caribes, mientras iba él por mas á su país, se quedó absorto de júbilo. Los indios manifestaron igual contento á la idea de conservar entre ellos aquella gente extraordinaria, y á la perspectiva de ver llegar de nuevo al Almirante con navios enteros de cascabeles y otras preciosidades. Ayudaron, pues, con entusiasmo á la edificacion del fuerte, no presintiendo que labraban así para sus cuellos el duro yugo de una perpétua y trabajosa esclavitud.

TOMO I.

Apenas se habian empezado los preparativos para erigir la fortaleza, cuando ciertos indios trajeron la noticia de que la carabela Pinta habia anclado en un rio, al extremo oriental de la isla. Colon se procuró inmediatamente una canoa de Guacanagari, tripulada por indios, y envió en ella un español con carta para Pinzon, sin darle queja alguna por su irregular conducta, pero previniéndole que se le reuniese sin tardanza.

Volvió la canoa despues de tres dias de ausencia, habiendo costeado la isla por veinte leguas, pero sin ver ni oír cosa alguna de la Pinta; y aunque el Almirante recibió poco despues otras nuevas de que estaba hacia el Oriente, no quiso darles crédito.

La desercion de aquel buque era fuente de incesante zozobra para el Almirante, y vino á conarver todos sus proyectos. Si volviese Pinzon á España antes que él tratara indudablemente de excusar su conducta con injuriosos informes, perjudiciales á las expediciones futuras. Podia quizá esforzarse en preo-

cupar al público, y arrebatarle la palma del descubrimiento. Si la Pinta se perdiese, la situación de Colon sería aun más crítica. Solo un buque mal pertrechado y pésimo velero sobreviviría a su expedición. De la precaria vuelta de una quebrantada barca al través de tan inmensas extensiones del Océano, dependería el éxito de su expedición. Y si esta embarcación naufragase también, con ella finirían todos los recuerdos de su grande descubrimiento: la oscuridad de su destino desanimaría las futuras empresas, y el Nuevo-Mundo permanecería desconocido como lo estaba antes. No osaba Colon arriesgarse a tanto prolongando su viaje, para explorar aquellas magníficas regiones, que parecían brindarle por todas partes con su hermosura; y así, se decidió a no perder tiempo; volviendo vía recta a España.

Mientras se edificaba el fuerte, continuó recibiendo el Almirante pruebas diarias del afecto y amistad de Guacanagari. Siempre que la superintendencia de las obras le llamaba a tierra le recibía aquel caudillo con la mas cordial y sincera hospitalidad. Preparó para él la casa mayor del pueblo, cubriendo el suelo con hojas de palma, y amueblándola con escaños de una madera negra y luciente parecida al azabache. Cuando recibía al Almirante, era siempre a guisa de rey, poniéndole al cuello alguna joya de oro, o haciéndole algun regalo de valor.

Una vez bajó a recibirlo hasta la orilla del mar, seguido de cinco caciques tributarios, cada uno con una diadema de oro; le condujeron con mucha deferencia a la ya dicha casa, donde sentándolo en una de las sillas, se quitó Guacanagari su propia corona de oro, poniéndosela en la cabeza: Colon se quitó un bello collar de cuentas que llevaba, y se lo puso al cacique en el cuello; le vistió también un manto de fina tela, le dió un par de bolas de color, y le ciñó al dedo una grande sortija de plata, cuyo metal los indios estimaban en mucho por no tenerlo en su isla. Tales eran los actos de benevolencia y amistad con que se trataba de continuo Colon y este cacique de pródigo y levantado corazón.

También se esmeró en procurar al Almirante una grandes cantidad de oro para antes de supartida. Estas remesas, y los vagos informes que por signos e imperfectas interpretaciones llegaban a Colon, escitaron en su ánimo magníficas ideas de la riqueza que existiría en el interior de la isla. Los nombres de montañas, provincias y caciques se confundían y mezclaban en su imaginación, y suponía que se encontraban lugares donde se hallaban grandes tesoros: especial y continuamente ocurría el nombre de Cibao, dorada región de las montañas, donde se procuraban los indios minerales para sus adornos. En el pimiento, de que abunda la isla, creía Colon hallar trazas de las especias orientales, y se figuró haber encontrado muestras de ruibarbo.

Pasando con su acostumbrada grandeza de alma de la ansiedad y la duda a los mas lisonjeros ensueños, consideraba su naufragio como uno de aquellos afortunados sucesos, misteriosamente prevenidos por el cielo, para proporcionar el buen éxito de su empresa. Sin este aparente desastre no se hubiera detenido en la isla, ni averiguado su secreta opulencia; porque no era su intención otra, que la de tocar a varios puntos de la costa, y seguir adelante. Y en prueba de que la Providencia divina se había manifestado en estos sucesos, cita la circunstancia de haber naufragado en perfecta calma, sin mar y sin viento, y la deserción del piloto y marineros que fueron a llevar el ancla por la popa, pues que si hubiesen obedecido sus órdenes, se habría arrastrado el buque onera de la arena, y hubiera seguido su viaje, quedando ocultos para ellos los tesoros que entrañaba la isla. Contemplaba ya los gloriosos frutos que le produciría en adelante aquella fugaz avería; porque es-

peraba, dice, encontrar a su vuelta de España una tonelada de oro, ganada en legitimo comercio por los españoles que atrás dejaba, quienes habrían descubierto, además, especias y minas en tanta abundancia, que los soberanos podrían en menos de tres años emprender una cruzada para el rescate del Santo Sepulcro. Porque así se lo protesté a vuestras Altezas, añado, que toda la ganancia que de esta mi empresa resultaría, se gastase en la conquista de Jerusalem, y vuestras Altezas se rieron, y dijeron que aun sin esto estaban bien dispuestos a ello.

Este era el visionario pero levantado entusiasmo de Colon, cuando deslumbrado por sus descubrimientos soñaba encontrar mares de riquezas. Lo que en algunos ánimos hubiera despertado la sordida codicia de atesorar oro, llenaba de sbito su fantasía de proyectos de magníficos dispendios. ¡Pero cuán pobre es la inteligencia humana, cuando intenta sondear los arcanos de la divina Providencia! El naufragio que consideraba Colon un acto del favor divino, una revelación de los secretos de aquellos países, solo sirvió para encadenarlo y limitar sus descubrimientos. Eslabonó su fortuna por el resto de sus días a esta isla, destinada a serle fuente de cuidados y turbaciones, a hacerle caer en la incertidumbre, y a llenar sus últimos años de humillación y amargura.

#### CAPITULO XI.

##### REGULACION DE LA FORTALEZA DE LA NAVIDAD.—SALIDA DE COLON PARA ESPAÑA.

TANTA fue la actividad de los españoles en la construcción de su fuerte, y tan asidua la ayuda de los habitantes de la isla, que en diez días ya estaba pronto para el servicio. Hicieron una grande bóveda, erigiendo encima una torre de madera, y rodeándola de un ancho foso. Proveyéronla de cuantos pertrechos se habían sacado del naufragio ó podía ceder la otra carabela; y montados ya los cañones, tenía un formidable aspecto, suficiente para intimidar y repeler los desnudos habitantes. Era Colon de dictámen que bastaría poca fuerza para subyugar a toda la isla. Consideraba una fortaleza y las restricciones de la guarnición mas necesarias para mantener el orden entre los españoles mismos, e impedir sus escursiones y los escesos que pudieran cometer entre los indios.

Acabada la fortaleza, le dió, así como al puerto y población adyacentes, el nombre de la Navidad, en memoria de haber escapado del naufragio en día de pascua. Tenían muchos el afán de quedarse en la isla, y entre estos escogió los treinta mas idóneos y de mas ejemplar conducta. Dióle el mando a Diego de Arana, natural de Córdoba, escribano y alguacil de la escuadra, revistiéndole con el pleno poder de que él mismo había sido investido por los soberanos católicos. En caso de su muerte, debía sucederle Pedro Gutierrez, y a este Rodrigo de Escovedo. Se había salvado del naufragio el bote y lo dejó para pescar; muchas semillas, a mas de una grande cantidad de artículos de tráfico indiano, para que se procuraran todo el oro que les fuese posible, antes de la vuelta del Almirante. Quedaron entre los individuos de la guarnición un físico, un carpintero náutico, un calafate, un tonelero, un sastre y un armero, todos hábiles en sus respectivas profesiones.

Al acercarse el tiempo de su partida juntó Colon la gente que debía permanecer en la isla, y les dirigió un discurso preñado de vehementísimos conceptos. Les encargó, en nombre de los soberanos, una estricta obediencia al oficial a quien él había confiado el mando. Encargóles el mayor respecto y deferencia al cacique Guacanagari y a sus ministros, y que jamas olvidasen cuánto debían a su benevolencia, y cuán importante era que sus pruebas de amistad no se extinguiesen para su propia prosperidad. Que fuesen

circunspectos en su comercio con los indios, tratándolos siempre con suavidad y justicia, y evitando todo acto violento y toda disputa, pero principalmente que fuesen discretos en su conducta con las mujeres indias, frecuente manantial de disturbios y desastres en el comercio con las naciones salvajes. Advertiéndoles además, que por ningun pretexto se dispersaran, sino que siempre estuviesen juntos, puesto que de su union dependían su seguridad y fuerza; prohibiéndoles también el que pasaran mas allá de los territorios de Guacanagari. Recomendó a Arana y a los otros gefes, que no perdonasen trabajo alguno para adquirir perfectos y valederos datos de los productos y minas de la isla, para procurarse oro y especias, y para explorar la costa en pos de un territorio mejor situado en que establecer una colonia, siendo aquel puerto peligroso, por las rocas y bancos que sitiaban su entrada.

El 2 de enero de 1493 desembarcó Colon para despedirse del generoso cacique y sus capitanes, pensando darse a la vela al día siguiente. Dióles en señal de despedida una fiesta en la casa que le habían destinado, y recomendó a la bondad de los indios los hombres que quedaban, particularmente a Diego de Arana, Pedro Gutierrez y Rodrigo de Escobar, sus lugar-tenientes, asegurándoles al cacique, que cuando volviera de Castilla, traería abundancia de joyas mas preciosas, que nunca él y sus gentes habían visto. El digno Guacanagari manifestó un profundo deseo de su pronto regreso, y le aseguró que los españoles que quedaban no carecerían jamas de provisiones ni de cualquier otro servicio que estuviese en su mano hacerles.

Para grabar mas y mas en la imaginación de los indios la idea de la condición guerrera de sus gentes, mandó que estas ejecutasen escaramuzas y simulacros de guerra. Usaron en ellas las espadas y escudos, lanzas y arcas, cañones y arcabuces. Quedaron los indios sorprendidos al ver el corte de las espadas, y la mortífera potencia de las flechas y arcabuces; pero cuando descargó la fortaleza sus pesadas bombardas, envolviéndola en orlas de humo, estremeciendo las selvas vecinas con su trueno, y desgajando los árboles con las balas de piedra que se usaban entonces, la reverencia mas profunda se mezcló con su admiración. Pensando que todo aquel tremendo poder se emplearía en protegerlos, se regocijaban y temblaban al mismo tiempo; pues ya su isla estaba a salvo de los indomables caribes, y ellos mismos libres del cautiverio.

Cuando se hubieron concluido las festividades del día, abrazó Colon al cacique y sus principales capitanes por última despedida. Guacanagari se conmovió mucho y vertió abundantes lágrimas; porque al paso que le llenaban de reverencia la dignidad del Almirante y la idea de su naturaleza sobrehumana, le cautivaron completamente su benignidad y mansedumbre. La despedida les fue en efecto dolorosa a ambas partes. La llegada de los buques fue un suceso de admiración y estímulo para los isleños, que solo habían hasta entonces conocido las buenas cualidades de sus huéspedes, y enriquecidos con sus dones celestiales; mientras lisonjeaba a los rudos marineros europeos la deferencia con que los trataban, hechizándoles la bondad é ilimitada benevolencia de los indios.

La despedida mas triste fue entre los españoles que partían, y los que se quedaban en tierra; porque la fuerza del peligro enlazaba indisolublemente el corazón de los hombres. La reducida guarnición, empero, manifestó buen ánimo é indomable resolución. Esperaban ya con seductores proyectos el día en que el Almirante volviera de España con refuerzos considerables, y le prometieron darle buena cuenta de todo lo que quedaba a su cuidado. La carabela se detuvo un día mas, por la ausencia de algunos de los indios

que debían ir a España. Al fin, se disparó el cañon de leva; dieron el último saludo al puñado de camaradas que dejaban en los desiertos de un mundo desconocido, los cuales repitieron sus muestras de dolor, teniendo clavados los ojos en la ruta que seguían sus compañeros hasta que se perdiera en la inmensidad de los mares. Estaba decretado que jamas les darían la bien venida por su vuelta.

#### LIBRO V.

##### CAPITULO PRIMERO.

##### COSTEO HACIA EL EXTREMO ORIENTAL DE LA ESPAÑOLA.—ENCUENTRO CON PINZON.—ESCARAMUZA CON LOS INDIOS DEL GOLFO DE SAMANA.

(1493.)

El 4 de enero se dió Colon a la vela en la Navidad para regresar a España. Estaba el viento ligero, y fue preciso sacar la carabela del puerto a remolque, para librarla de los escollos de que estaba rodeada. Siguiéron luego el rumbo del Oriente hacia un alto promontorio cubierto de árboles y yerbas, que en la forma de una tienda de campaña aparecía desde lejos como una escelsa isla, unido a la Española solo por una baja garganta de tierra. Dió Colon a este promontorio el nombre de Monte-Christi, por el que se conoce todavía. El país de las inmediaciones era plano, pero se elevaba hacia el interior una cordillera de montañas, bien abastecida de maderas, con anchos y fructíferos valles, regados por abundantes aguas. Habiéndose manifestado contrario el viento, se detuvieron cuarenta y ocho horas en una bahía al Occidente del promontorio. El 6 hicieron de nuevo vela con viento de tierra, y doblando el cabo navegaron diez leguas mas, cuando se les cambió otra vez el viento. A esta sazón, un marinero que estaba de guardia par avisar si había rocas, gritó que divisaba la Pinta. Alegráronse todos de la noticia, siendo feliz acontecimiento el de encontrar de nuevo a sus compañeros por aquellas solitarias mares. La Pinta vino directamente hacia ellos con viento en popa; y viendo el Almirante que era en vano luchar con el tiempo adverso, y que no había anclaje seguro en las inmediaciones, volvió a la bahía de Monte-Christi, seguido por la otra carabela. En la primera entrevista hizo grandes esfuerzos Pinzon para hacer valer su pretendida inocencia, diciendo que circunstancias independientes de su voluntad le habían obligado a separarse, y dando excusas de suyo frívolas é infundadas. Colon refrenó su indignación, y las admitió tácitamente. Tenía Pinzon mucho partido en la escuadra; los mas de los marineros eran sus conciudadanos; muchos de ellos sus parientes, y uno de los gefes su hermano; mientras Colon era extraño, y lo que es peor extranjero. Pinzon, poco generoso, había abusado de estas circunstancias muchas veces durante el viaje, abrogándose una no debida importancia, y tratando al Almirante con desatención. Poco deseoso de provocar rencillas que pudiesen comprometer el viaje, escuchó Colon pasiva pero incrédulamente las excusas de Pinzon, convencido de que se le había separado con plena voluntad de hacerlo, y por motivos de egoísmo é intereses. Varias circunstancias, algunas contenidas en su propia apología, y otras en las narraciones de sus compañeros, confirmaron esta opinión. Le había evidentemente estimulado un impulso repentino de avaricia. Al separarse de la otra carabela, tomó al Oriente en busca de una isla de imaginaria opulencia, descrita por los indios de su buque. Despues de perder mucho tiempo entre una piña de isletas que se supone serían los Caicos, le guiaron al fin los indios a la Española, en donde había pasado tres semanas, comerciando en varias partes con los naturales; espe-